



Luz para la Iglesia¹

Fr. Liam Walsh, O.P.

Llama, fuego, antorcha, luz, son todas imágenes que usamos para describir lo que Domingo es para nosotros. Para nosotros. ¿Quién y qué es este "nosotros"? ¿Quiénes son los "nosotros", "para" quien Domingo es? ¿qué somos "nosotros"? Sin duda Dominicos. Pero solamente podemos ser Dominicos porque primero somos Iglesia. Es como *lumen ecclesiae*, no como *lumen ordinis* que nosotros saludamos a Domingo día tras día. Fue siendo "luz para la Iglesia" que se convirtió y es luz, antorcha, llama, fuego para nosotros por quienes él es hermano mayor y padre fundador. Su pasión fue traer luz a la Iglesia. Era hacer que la luz brillara y su brillo continuo fue lo que reunió a hermanas y hermanos a su alrededor y los hizo Predicadores. Y, desde luego, la Iglesia es luz, no para sí misma, sino para el mundo. La luz que Domingo crea para arder más brillantemente en la Iglesia es la luz que la hace ser *lumen gentium*.

La Iglesia *lumen gentium*. ¿Qué es, en dónde está, quién es? ¿Qué es lo que significa para nosotros que pertenecemos a ella, que estamos dentro de ella, que, sin duda, simplemente somos la Iglesia? Si esa pregunta está hoy en nuestros corazones y en nuestros labios, seguramente no estuvo menos presente en el corazón y labios de Domingo hace ochocientos años, pues él caminaba estas sendas de Languedoc donde hoy nosotros caminamos. ¿Qué fue lo que surgió de su contemplación mientras caminaba esas sendas, y qué fue lo que se transformó en la visión conductora y activa que alumbró todo lo que hizo en sus quince años de vida que le quedaban? Yo creo que fue una comprensión de la luz que debía arder en la Iglesia, una luz que la Iglesia debía ser si tenía que ser la luz del mundo. Fue esto lo que al principio hizo que Domingo se uniera a la *sacra praedicatio* que ya existía, después hacerse cargo de ella, más tarde remodelarla y hacerla el paradigma para una compleja red de instituciones que ahora forman la familia de hermanas y hermanos que servimos la "santa predicación" en la Iglesia de hoy y se llaman Orden de Predicadores, Dominicos. Domingo vivió él mismo esta visión y reunió a otros para vivirlo. Fue lo que le hizo *lumen ecclesiae*, y ser la llama de la cual nosotros queremos tomar el fuego, de tal manera que, colectivamente, hoy en día, podamos ser *lumen ecclesiae*.

Predicación y Prulla

Bárbara Beamont nos ha contado cómo la *sacra praedicatio* se desarrolló alrededor de Prulla. Permítanme recordarles algunas de sus características y sugerir cómo deben de tomarse para personificar lo que he estado diciéndoles acerca de la eclesiología de Domingo.

Sin abandonar su referencia al aún existente mandato papal que autorizó la *sacra praedicatio*, y con habitual referencia al Obispo Fulco de Toulouse, la predicación se volvió menos geopolítica y más dedicada a fortalecer iglesias locales en un área geográfica limitada. Se dirigió a las ciudades, los pueblos y al campo de Languedoc. Esto la hizo más genuinamente eclesial y la liberó de compromisos geopolíticos que hubieran atentado contra su inclusividad. La *sacra praedicatio* bajo la dirección de Domingo no tuvo que ver, por lo que sabemos, con la cruzada de Simón de Montfort.

La predicación encontró un centro que no estaba dictaminado por la geografía canónica del área. No fue en Carcasona, en donde alguna vez estuvo la vicaría *in spiritualibus* para la diócesis, ni en Fanjeaux donde Domingo era párroco, sino en Prulla. Este era un lugar sin gran peso eclesiástico. Ciertamente había ahí una capilla. Pero lo que lo hizo el centro de la *sacra praedicatio* fue que ese fue el sitio en donde Diego y Domingo habían reunido una comunidad de mujeres. Estas mujeres habían sido personas excluidas -herejes ellas mismas o de familias herejes- que habían sido traídas y se les había dado un hogar en la Iglesia de Dios. Ellas formaron una nueva comunidad de Iglesia. Ellas eran, en un sentido, fruto de la predicación, como toda comunidad cristiana lo es. Pero en otro sentido, ellas eran la predicación. Ellas vivían la *vita apostolica* en una forma determinada. Ellas proporcionaron un escenario y una atmósfera en los cuales otros podían vivirla. Los hombres que se fueron a pronunciar la palabra regresaron al hogar que esta comunidad de mujeres estaba creando en Prulla, y de ahí volvieron a salir. Aquellos predicadores ganaron efectividad por el hecho de que podían clamar identidad con esa comunidad de mujeres que formaron la base de su predicación. Ésta haría saber a los herejes que la vida de abstinencia y oración, que ellos habían apreciado en sus propios líderes,

estaba siendo vivida de manera estable por la gente de la Iglesia. Les haría saber también que, cuando se convirtieran, habría un hogar para ellos en la Iglesia.

Lo que estaba empezando a surgir en Prulla se institucionalizó, unido a las estructuras de la Iglesia. Era una institución que fue creada de distintos grupos. Había una comunidad de mujeres religiosas. Había hombres y mujeres laicos que vendieron lo que tenían y dieron a Prulla sus posesiones. Al hacer eso, se integraron en la *sacra praedicatio* y allí estaban los clérigos. Los clérigos eran hombres que habían hecho algún compromiso de servicio en la Iglesia, que habían adoptado una manera de vida y recibido una educación que podía hacerlos posibles candidatos para un ministerio ordenado. Cuando ya estaban ordenados, podían convertirse en párrocos o canónigos viviendo en alguna forma de vida comunitaria. Los clérigos que formaban parte de la comunidad se reunían en Prulla -tal vez no más de uno además de Domingo- ambos ejercían su ministerio para su propia comunidad, y salían de ella para predicar el Evangelio en las ciudades, pueblos y campo de los alrededores. Con este sistema se le daba una nueva faz a la *sacra praedicatio* y una nueva voz. Los clérigos, como los apóstoles en Jerusalén, fueron capaces de entregarse a "la palabra y a la oración". Su palabra pudo ser una palabra apostólica por numerosas razones: primero, porque eran parte de una comunidad apostólica que estaba, en todos sus miembros, viviendo la *vita apostolica*; en segundo lugar, porque ellos tenían la educación teológica que los ayudaba a conocer "la doctrina de los Apóstoles"; en tercer lugar, porque tenían un mandato canónico para predicar; y en cuarto lugar, porque como sacerdotes ordenados, eran capaces de reunir a los excluidos de regreso a la Iglesia mediante la palabra reconciliadora del sacramento de Penitencia y la celebración de la comunión eucarística. La originalidad -y en realidad no era originalidad, porque era mas bien la recuperación de lo que había vivido la primera comunidad en Jerusalén- era que la palabra hablada de predicación y la legitimidad canónica de la que gozaba, había sido realizada desde dentro de una comunidad completamente eclesial que estaba formada por hombres y mujeres, contemplativos y activos, ordenados y laicos, educados clericalmente y no educados. Porque había sido modelada en la comunidad de Jerusalén, albergaba dentro un poder para predicar el Evangelio, no sólo para Languedoc, sino eventualmente, para todo el mundo.

Eclesiológicamente hablando, Domingo estaba descubriendo lo que era la predicación. Domingo no inventó la predicación, él la descubrió. En Prulla estaba descubriendo una verdad que ponía en paralelo una verdad eclesiológica más familiar, una que está centrada en la Eucaristía. La tradición dice que la Eucaristía hace a la Iglesia y que la Iglesia hace a la Eucaristía. Domingo estaba descubriendo que la predicación hace a la Iglesia y la Iglesia hace la predicación. Estaba descubriendo que la predicación hecha de acuerdo al Evangelio reúne a los hijos dispersos de Dios en la Iglesia. Iba a ver el misterio que ya se había hecho presente en su encuentro en caridad y verdad con la mujer pobre de Palencia, en los sin nada de Toulouse, en los Cátaros de Montreal y de las otras ciudades y campo alrededor de Prulla. Domingo estaba descubriendo que la Iglesia que hace predicación es una Iglesia inclusiva. Estaba a punto de darse cuenta que la Iglesia que predica es la Iglesia completa, con todos sus miembros y con todos sus dones. Es la Iglesia que está hecha de todos esos que viven de acuerdo al Evangelio y se regocijan y oran juntos en la gracia del Espíritu Santo. Es la Iglesia que está unida en sus creencias en la doctrina de los Apóstoles. Es la Iglesia de mujeres y hombres, de los bautizados y ordenados, de los monasterios y del mundo. Es la Iglesia en la que algunos salen a predicar y otros se quedan en casa a servir la mesa. Es la Iglesia que, en la diversidad de sus miembros realiza milagros de sanación y multiplica obras de misericordia. Lo que Domingo llegó a ver fue una Iglesia que no sólo estaba haciendo la predicación del Evangelio, sino que realmente era la predicación del Evangelio. La Iglesia era la *sacra praedicatio* y la *sacra praedicatio* era la Iglesia.

Obviamente, aquellos que salieron a predicar la palabra y a comprometerse en debate con los herejes, tenían un papel especial en la Iglesia y habían sido llamados predicadores en un sentido particular. Aquellos que pronunciaban la palabra estaban cualificados para esta tarea por varios motivos. Primero, vivían la *vita apostolica*, y en esto no eran diferentes a sus hermanas y hermanos con quienes vivían en Prulla. Segundo, tenían cierta formación teológica, a la cual habían tenido acceso porque eran clérigos. Tercero, tenían un mandato de las autoridades de la Iglesia, específicamente proveniente del legado papal, pero también del obispo local, para hablar en nombre de la Iglesia. Cuarto, algunos de ellos por lo menos habían sido ordenados sacerdotes y por lo tanto eran capaces de absolver sacramentalmente a pecadores y reunirlos en la celebración eucarística. Estas cualidades los distinguían de otros que pertenecían a la *sacra praedicatio*. Pero no los separaba en distintas clases. Ellos pertenecían, junto con estos otros hombres y mujeres, a una hermandad apostólica. Su predicación podía ser inclusiva en el sentido de reunión con los hijos dispersos y alienados de Dios, porque la comunidad desde la cual ellos predicaban, era en sí misma inclusiva. Teológicamente hablando, fue la relación inclusiva entre los grupos que hacían la *sacra praedicatio* lo que hizo de su predicación ser completamente eclesial.

Fue también esa hermandad en *vita apostolica* lo que dio una cualidad particular al componente doctrinal de su predicación. La predicación de Domingo y de sus compañeros tenía que ser una enseñanza de doctrina porque una de las cosas que alejaba más a los herejes de la Iglesia era el pensamiento equivocado acerca de la fe. El pensamiento de la gente acerca del Evangelio era distorsionado por falsas presuposiciones filosóficas y religiosas del catarismo. Domingo era un teólogo. Él hizo que el debate teológico fuera un punto en su predicación. Sin embargo, su éxito como predicador no fue sólo una cuestión de ganar debates teológicos. Fue porque él y sus compañeros estaban realmente viviendo el Evangelio, que su pensamiento y su enseñanza del Evangelio convirtió a la gente. Era aceptado en esos días que hombres y mujeres laicas que vivían una vida apostólica pudiesen predicar "conversión". Pero supuestamente no debían predicar la doctrina de fe. La doctrina tenía que ser asunto de los clérigos. A mí me parece que Domingo aceptaba esa distinción de maneras de predicar pero se abrió paso: pasó por encima de la separación de los roles que estaba planteada en aquellos días. Sus predicadores de la doctrina vivirían la vida apostólica y darían el poder de conversión de esa manera de vida a sus palabras de enseñanza. Y tarde o temprano la predicación de conversión que todos los miembros de la *sacra praedicatio* estaban haciendo tomaría una cualidad teológica que podría hacerla también enseñable. Si tenía que haber diferencias en el balance entre llamar a la conversión y llamar al entendimiento en el trabajo de predicadores individuales, estaría basado en algo más que en el hecho de que ellos eran hombres o mujeres, clérigos o laicos. Estaría basado principalmente en su formación teológica.